**DESDE PROCONCIL**

Querido/a amigo/a:

En este comienzo del adviento quiero compartir con vosotros parte de unas reflexiones que hice el otro día para un grupo concreto de personas sencillas, por eso, me extiendo más y soy un poco repetitiva.

Fue al leer las lecturas del primer domingo de adviento que pensé lo siguiente:

Las lecturas de la Iglesia, a menudo, no son fáciles de entender. Están escritas por personas de otra cultura muy diferente a la nuestra. Pero yo recomiendo una cosa. Cuando vayan a la Iglesia y escuchen algo que no les dice nada para sus vidas, dejen pasar eso de largo. Eso no se escribió para ustedes en este momento concreto de su vida. Quédense solo con aquello que les resonó en su corazón o aquello que alguien les ayudó a comprender.

Yo hoy me fui a estas lecturas y sólo me quedé con cuatro frases, una de cada lectura, que me daban unas pistas de cómo preparar este adviento, esta venida de Jesús.

Voy a empezar por una frase de la primera lectura, que nos dice el profeta Isaías: "Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú el alfarero: somos todos obra de tu mano".

Con esto ya vemos que el que viene no es un extraño, es de la familia. Dios es nuestro padre (ahora también decimos Dios padre y madre, porque en esa época de Jesús, en esa cultura,  el padre era el único que contaba y la madre no era tan importante) Pero lo principal de lo que nos dice el profeta Isaías es que Dios nos engendró, nos construyó así como somos, con esta arcilla de la que él mismo está hecho, somos sus hijos. En la navidad recibimos a Jesús que es hermano nuestro, un hermano mayor que nos guía hacia Dios, pero un hermano. Es un familiar muy cercano al que no hemos visto en persona, pero nos han contado muchas cosas buenas de él.

Cuando te han hablado mucho de una persona y tú no la has conocido tienes ganas de conocerla ya en persona. Y si es un hermano, uno puede decir "llevamos la misma sangre". Pues lo que nos viene a decir Isaías es que estamos hechos de la misma pasta, del mismo barro y que Dios nos modeló, hizo la figurita que somos. Y que este barro es el mismo del que nace Jesús. Porque a Dios no  les ha visto nadie. Y ¿cómo nos iba a explicar Dios que tenía algo que ver con nosotros, que éramos su familia, que nos parecemos a él, si no nos mandaba a Jesús, así de esta forma humana ?.

Ahora sabemos que Quien viene es alguien muy cercano a nosotros, no es un extraño.

Pero…nos puede surgir una duda:
 ¿y eso de que Dios nos ha hecho así como somos?, ¿En serio, así yo, que parezco que no valgo nada, o que me tengo por poca cosa, por un ignorante, un envidioso, desprecio a los que no son cómo yo, soy una persona superficial…? Tal vez nos suena a que eso no puede ser. Tal vez Isaías estaba equivocado.

Pues vamos a pensar en dos figuritas de un belén. Una está acabada de salir de la fábrica. Está recién pintada, no le falta ningún trozo, Tiene los rasgos bien dibujados. En cambio, tenemos otra que guardamos de cuando ponían el belén nuestros abuelos, que ya no se le reconoce, tiene la cara medio borrada, se le rompió un brazo, está toda despintada… Las dos son de barro, del mismo barro, las hizo el mismo famoso artesano de figuritas del belén. Y ¡qué diferentes parecen! Nadie diría que esa tan deformada, tan rota, pudo ser obra del mismo artista. ¿Cómo se podría arreglar ahora? la figurita sola no puede hacerlo. Ni siquiera nosotros podemos arreglarla. Tal vez un poquito, si tenemos a alguien en casa que pueda repintarla, pero ¿Quién mejor que el Artesano que la pueda restaurar, dejarla como cuando salió de su taller?

Ahí tenemos la segunda pista que nos la da un salmo que se reza ese día en la Iglesia, que repetimos varias veces:

"Señor, Dios nuestro, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve."

Ahí hacemos una oración a Dios, queremos decirle que estamos muy estropeados, que ya no nos parecemos a lo que él quiso hacer de nosotros. Y sólo Él puede restaurarnos. Le pedimos que brille su rostro para que nos salve. Y Dios nos hace caso y nos envía a Jesús, porque nunca podríamos haber visto el rostro de Dios, si Dios no se hubiera hecho un ser humano, como nosotros, si no se hubiera encarnado en el vientre de una mujer, María. Así que, a través de conocer a Jesús, podemos ver el rostro de Dios y podemos cambiar, sin dejar de ser quienes somos cada uno. En realidad, la figurita estropeada sólo lo está en su aspecto, diríamos existencial, con el trajín de la vida, con sucesos que la han ido ajando, pero su esencia, el barro, es el mismo que el de la otra figura reluciente y nueva.

Dios nos quiso así, con nuestro nombre, pero Cristo viene a restaurarnos. Jesús, con su vida, con su palabra, si seguimos sus caminos, puede arreglar esa figurita estropeada en la que nos hemos convertido.
De manera que la primera lectura nos animaba a la confianza. Dios es padre y madre, somos sus hijos y el nos ha hecho con todo cariño.

La segunda, nos ayuda a tomar conciencia de que tenemos muchas carencias, estamos estropeados, no nos parecemos a esa figura que Dios querría que fuéramos y para la que nos creó.

En la tercera lectura que viene ahora nos dice San Pablo:
"Pues por él habéis sido enriquecidos en todo: en el hablar y en el saber; De hecho, no carecéis de ningún don, vosotros que aguardáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo."

Ahora nos está invitando de nuevo a la confianza en nosotros mismos. Nos viene a decir que cada uno de nosotros tiene todos los dones dentro, que somos ricos, porque Alguien nos lo dio todo. Mirad, a veces en la vida hemos sentido que éramos poco importantes. Nos hemos comparado con otras personas que hablan mejor, que han estudiado, que son más listos, o que tienen más. Y lo que están diciéndonos aquí hoy, en esta lectura, es que todos y cada uno tenemos un tesoro dentro, tenemos una gran riqueza, aunque a veces no sabemos cómo aprovecharla.

Ahora, en adviento, es el momento de buscar en nuestro baúl interior y sacar todos esos vestidos preciosos, esos adornos y abalorios, para preparar la venida de Jesús. Nosotros tenemos dentro esos dones de curar heridas, de acoger con paciencia y amor, de trabajar pensando en el bien de los otros, de ayudarnos en lo que podemos, de pararnos a meditar en el sentido de nuestra vida, de buscar juntos una sociedad mejor, más justa, más humana, donde todo el mundo pueda vivir con dignidad. Todos llevamos esos dones, esas riquezas en nuestro interior, aunque los hayamos arrinconado y lo que salga de nosotros sea cansancio, malos modos, egoísmo…

Estas  tres lecturas, dicen, en resumen:
para preparar la venida del que tiene que llegar "confiad en Dios que os ama como padre-madre bueno y que os ha hecho como él, rezad para que os ayude a ser mejores, confiad también en vuestra riqueza interior que os ha sido dada por Dios"

Y ahora, podemos preguntarnos, pero ¿Cuándo llega?
Seguramente, en este tiempo que estamos viviendo, con la pandemia nos hemos hecho esta pregunta del "cuando" muchas veces.

¿Hasta cuándo va a durar esto? ¿Cuándo va a volver el tiempo en el que podíamos vernos con libertad, abrazarnos, encontrarnos en los grupos. ¿Cuándo va a pasar el tiempo del miedo? ¿Cuándo vamos a recuperar los trabajos que necesitamos para vivir?
En los tiempos en los que vivimos dificultades, parece como si Dios se hubiera alejado de nosotros, como si no nos escuchara. Si hemos perdido a seres queridos, nos encontramos con nuestra tristeza y con la impotencia de no haber podido hacer nada para salvarles. Está habiendo terribles catástrofes, incendios, actos terroristas, inundaciones en estos días, en muchos lugares, siguen las personas refugiadas huyendo de la guerra y de la muerte…
Y algunas personas se preguntan ¿dónde está Dios ahora? ¿Cómo podemos recibir a Jesús si estamos tan preocupados por el día a día, por nuestras preocupaciones, que se han sumado ahora con esta pandemia a otras que ya teníamos. ¿Cuándo podremos ver a nuestros amigos, a nuestros familiares?

Y cuando estamos preocupados por muchas cosas externas, tenemos poca disposición para recibir a alguien importante. ¿Cómo vamos a pensar en eso, si tenemos mil preocupaciones en el día a día?.

Entonces viene en el primer domingo del Adviento la cuarta lectura, del Evangelio y nos cuenta una historia, habla de un señor que iba a llegar a su casa, pero no había avisado de cuándo llegaría. Y tenía muchos sirvientes. Y el evangelio les dice a los sirvientes, que no se duerman, que no se distraigan, que lo tengan todo preparado, porque el señor puede llegar así sin avisar. Les dice:

"Estad atentos porque en cualquier momento puede llegar"

Así es la llegada del Señor a nuestras vidas, el Espíritu, el que puede cambiarnos, hacernos encontrar el gozo aún con preocupaciones y problemas, el que aporta luz en nuestra oscuridad. Sólo necesita que estemos atentos, aún cuando digamos atendiendo a lo cotidiano y ayudándonos unos a otros a superar nuestras situaciones, a veces dramáticas. Que dediquemos algún ratito a reflexionar sobre como es nuestra vida, sobre cómo nos relacionamos con los demás. En realidad, Jesús siempre está ahí. Somos nosotros los que no abrimos la puerta porque estamos en otras actitudes negativas: enfadados, desesperanzados, preocupados, ambiciosos, drogados, perezosos, con envidias o hablando mal de otros…

No tenemos que tener miedo al Señor. Hubo una época en la que la Iglesia, o los maestros, creían que la gente tenía que tener miedo para ser buena. Pero eso no es verdad. Cuando tenemos miedo no somos mejores personas.  Si uno actúa bien sólo por evitar un castigo, esto no le sirve a Dios. Dios quiere que actuemos bien por amor, porque somos felices, porque nos ha contagiado la fe, la esperanza y el amor, y queremos que los demás sean felices y vivan mejor.

Esta historia del señor que va a llegar a su casa… y los criados, los sirvientes no le están esperando, están distraídos, sonaba cuando yo era pequeña como una historia de miedo. Ahora, verás, los va a encontrar dormidos y se va a poner furioso y les va a castigar para siempre. Pero cuando conocemos más a Jesús vemos  que el Dios que nos da a conocer Jesús no es un Dios vengativo, ni castigador, ni un Juez implacable.

Jesús siempre está ahí a la puerta, esperando que saquemos esas ropas bonitas que Dios mismo nos regaló, esperando a que en un ratito de calma o incluso cuando trabajamos, le pidamos que nos restaure, que queremos ser cómo el quiso que fuéramos: buena gente. Y si estamos atentos, en cualquier momento él va a llegar a nuestras vidas y las va a cambiar, va a cambiar el miedo en confianza, la tristeza en gozo, la envidia en compañerismo, la pereza en disponibilidad y energía positiva. Ahora, queridas amigas y amigos estamos en ese tiempo de preparación para acoger al que ha de venir, al que puede darnos la gran sorpresa de nuestras vidas y cambiarlas para siempre.

Comparto con vosotros estas sencillas reflexiones; y también agradezco hoy al Señor esta oportunidad de haber pensado junto con vosotros, de haber escuchado la palabra de Dios en el corazón, de haberme sentido cerca durante este tiempo de esa realidad diferente de cada uno y cada una, de haber pensado en vosotros, ahora, como comunidad de Proconcil, que no por ser virtual es menos real.

Un abrazo fraterno
Emilia Robles